

Nosotros, si caímos
Do el pío Enea y Tulo el opulento
Y Anco, cual polvo huímos
Que va á merced del viento,
Y cual sombra que pasa en un momento.

¿Quién sabe, ó saber puede
Si el alto Dios, del tiempo de mañana
Una hora le concede,
Sobre la suma vana
De años que hoy pierde con torpeza insana?

Lo que dieres ahora
De tu caudal con ánimo piadoso,
Huirá la escrutadora
Mirada del gozoso
Heredero que acecha codicioso.

Y cuando hubieres muerto
Una vez sólo, y Minos la sentencia
Pronuncie, nunca al puerto,
El linaje y clemencia
Te volverán. Torcuato, ó la elocuencia.

Con dolor de Diana
Á Hipólito retiene cual trofeo
La inferna sombra vana;
Ni logra abrir Teseo
Á Piritóo las puertas del Leteo.



ODA VIII.

Á CENSORINO.

Donarem pateras grataque commodus,

Á mis amigos diera
Regalos provechosos, Censorino;
Copas de verdadera
Límpida plata, en bronce y oro fino
Estatuas modeladas
Y fundidas por manos afamadas;

Yo les diera vasijas
De tres pies, galardón del héroe griego;
No por ello te aflijas:
Que si yo fuera rico, desde luego
Tendrías buena parte
En esas obras que produce el arte;

Ya de aquellos primores
Qué remeda Parrasio en lisa tabla
Con disueltos colores;
Ya de un Escopas que tan sólo el habla
No da á la piedra inerte
Cuando esculpe algún dios, ó un hombre fuerte.

Mas, tal poder no tengo,
Ni tú de aquestos dones necesitas:
Que eres de ánimo luengo
Y posees riquezas infinitas.
Con los versos te arrobas,
Y yo dar puedo y valorar las trovas.

Los mármoles grabados
 Con estudiada pública escritura
 Por quien los denodados
 Capitanes la negra sepultura
 Dejan, y nueva vida
 Cobran de sus virtudes á medida;

La fuga acelerada
 De Aníbal tan feroz y vehemente,
 Que de Roma agobiada
 Aléjase á la voz de otro valiente:
 Y de la infiel Cartago
 El triste incendio y honoroso estrago,

Nunca más conocida,
 Nunca dejaron la alabanza y gloria
 De quien de la temida
 África vuelve, en signo de victoria
 Con la sienes opresas,
 Que las divinas musas calabresas.

Y tú, buen Censorio,
 Por más que obrando bien hayas llenado
 Tu glorioso destino
 Y te veas de todos alabado,
 Nunca tendrás laureles
 Inmortales, si callan los papelés.

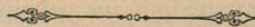
¿Qué sería del hijo
 Claro de Ilia y Mavorte, si envidioso
 Un silencio prolijo
 Los méritos de Rómulo animoso
 Obstinado callara
 Y su valor y hazañas no enarrara?

El favor y valía
 Del poeta, su lengua poderosa
 È ingente valentía
 Arrancan de la Estigia temerosa
 Á Eaco, y de su grado
 En el campo le ponen fortunado.

La docta musa veda
 Que del varón que es digno de alabanza,
 Con torpe mano pueda
 Borrar la muerte el nombre y remembranza;
 Y con él se unifica,
 Le pregona, enaltece, y glorifica.

Por los vates, Alcides
 De Jove en el banquete deseado
 Con otros adalides
 Logró verse, y del piélagos irritado,
 En mil peligros graves
 Cástor y Pólux libran á las naves.

Y por ellos, ceñido
 Baco dirceo con las verdes hojas
 De pámpano florido,
 En goces puros trueca las congojas
 De quien se le encomienda,
 Y él le conduce por dichosa senda.



ODA IX.

À LOLIO.

Ne forte credas interitura quae,

Aunque á la orilla del salvaje Aufido
Que deleita el oído
De muy lejos, miré la luz primera,
El verso que con arte
Forjé para la lira, en otra parte
Desconocido hasta hoy, no esperes muera.

Y aunque entre todos el lugar primero
Tenga el meonio Homero,
La de Píndaro docto no se excusa,
Ni la de Simonides,
Ni la de Alceo duro por sus lides,
Ni la de Estesicoro, alegre musa.

Ni ha podido borrarse en tiempo tanto
De Anacreón el canto
De otras edades; aun respira amores
De la eolia doncella
La lira y se querella
Y guarda los confiados ardores;

Ni sola ardióse cual ninguna obscena
La celebrada Helena
De su adúltero amando los cabellos
Rubios, aun ya cortados,
Ni sola de sus trajes recamados
De oro admiró los nítidos destellos

Y la pompa real y comitiva;
Ni con mirada viva
Y certera fué Teucero quien del arco
La saeta espigada
Disparó antes que otros; ni asediada
Se vió Troya una vez por modo parco;

Ni Idomeneo el grande y Estenelo
Asombraron el suelo
Únicos, por sus inclitas batallas,
Dignos de ser cantados
Estos dos por poetas sublimados,
Sus armaduras, torres y murallas.

No Héctor el agrio, ni el feroz Deifobo
Los primeros del globo
Fueron en recibir mortal herida
Por defender la esposa
Casta, de torpe insidia y afrentosa,
Y en por los hijos arriesgar la vida.

Antes de Agamenón, muchos vivieron
Valientes, que murieron
Y ha siglos yacen, mas sin ser llorados;
Que son desconocidos
Y por la sombra siéntense oprimidos.
¡Por poeta no fueron celebrados!

¡Muy poco dista la virtud oculta
De la inercia sepulta!
No he de dejarte, no, sin alabanza,
Oh Lolio, en mis escritos;
Ni tus trabajos celaré infinitos
Que antes que olvido, piden remembranza:

Dotado estás de un ánimo prudente;
Pausado y diligente
En los negocios; rígido, inmutable
En tiempo bonancible,
Y en el dudoso ó lúgubre, impasible,
Serenos, igual, solícito y amable;

Vengador noble de la fraude avara
Que al dinero con rara
Ficción aleja y que lo absorbe todo;
Y cónsul, no de un año,
Sino de muchos, bueno y sin engaño,
Y recto juez, por admirable modo

Pospones siempre lo útil á lo honesto
Y con altivo gesto
Las dádivas rechazas del malvado;
Y entre hueste enemiga
De aduladores cruzas sin fatiga
Vencedor, bendecido y aun loado.

Tú, sábiamente llamarás dichoso
No al pudiente ostentoso;
Pues que más bien merece el grato nombre,
De bienaventurado,
El que usa cuerdamente de lo dado
Por gracia de los dioses, sabio hombre,

Y que soporta dura la pobreza
Con estoica entereza
Y huye del crimen como el peor daño;
Y sin temer la muerte
Por el amigo ó por la patria inerte
Leal se entrega al invasor extraño.

ODA X.

À LIGURINO.

O crudelis adhuc, et Veneris muneribus potens,

¡Joven crúel y vano
Y orgulloso de Venus por los dones!
Cuando el tu bozo rubio mires cano,
Que hoy te exalta entre todos los garzones,
Y sólo perdidizos
Juzgues los que te bañan áureos rizos,

Y la color ajada,
Más bella que de púnicos rosales
Las bellas flores, y tu faz trocada
En ríspida con síntomas fatales
Exclamarás: *¡Ay triste!*.....
(Al conocer que no eres lo que fuiste,

Siempre que del espejo
Estés enfrente) *¿cuáles intenciones
Tengo ahora? ¿quédame un bosquejo
De aquellos pensamientos y emociones?
Y ¿por qué estas sencillas
Reflexiones no tiñen mis mejillas?*

ODA XI.

Á FILIS.

Est mihi nonum superantis annum

Guardo una cüba que rebosa, de Alba
En vino, Filis, de nueve años; nutre
Apio mi huerto: la corona tuya
Téjase al punto.

Y hay glauca hiedra, las tus sienes liga
Con ella y rizos que el donaire acrecen.
Mira: mi casa por la plata y loza
Plácida ríe.

Y con guirnaldas de verbena obscura
El ara vese que anhelante espera
Ser asperjada con la sangre tibia
De ánula ofrenda.

Todos se afanan y se estrechan todos;
Y aquí y allá sin distinción se mezclan
Con los mancebos las por siempre caras
Vírgenes puras.

El fuego en lenguas se divide rojas,
Y arremolina ennegrecido el humo
Y el hollín prende y el negruzco techo
Rábido lame.

Y qué zel motivo por acaso ignoras
Del regocijo? sábelo: estos idus
Al abril cortan, mes que se consagra
Único á Venus.

Día solemne, con justicia sacro
Y mucho más que mis natales propios:
Hoy mi ventura con nacer Mecenas,
Mi ídolo, nace.

Teífo el joven á quien amas tanto,
(No de tu alcurnia) de opulenta dama
Cedió á la astucia y le mantiene preso
Áurico grillo.

Del sol en medio de los rayos rojos
Faetonte burla á la esperanza necia;
Y nos ofrece alígero Pegaso
Óptimo ejemplo,

Pues no soporta al terrenal ginete
Belerofonte. Y pues que el uno y otro
Que ames y sigas lo debido enseñan
Pávida huyendo

Cual de un delito las impuras bodas,
Ven, date prisa: ya de mis amores
El fin se llega. Tras de ti á ninguna
Févido admito.

Ven pues, y aprende mis sonoros versos;
Cántalos luego con tu voz amable;
Y con el canto los pesares rudos
Tórnense en leves.

ODA XII.

À VIRGILIO.

Iam Veris comites, quae mare temperant,

Ya el lino impulsan y la mar temperan
Los que con él imperan
Del abril socios, céfiros de Tracia;
Ya no rígido el prado
Se ve, ni el río hinchado
Por la nieve hibernal la voz espacia.

Gemidora por Itis se avecina
Flébil la golendrina,
Cuelga el nido y del Céerope lamenta
El bárbaro delito,
Que por odio infinito
Erró al vengar, y su indeleble afrenta.

Sobre la verde grama que retoña,
Al son de la zampoña
De pingües corderillos los pastores
Sus cánticos derraman
Que placen al dios que aman
Las greyes y de Arcadia los alcores.

Virgilio, la estación, entre otros males,
Trae sed: y si de Cales
Libar el vino cuadra á tu decencia,
Le habrás por precio doble,
De la juventud noble
Amigo tú, de nardo por la esencia.

Un tenue vaso de ónice y gallardo
Con zumo, que del nardo
La greña atesoró florida y cana,
La cántara jugosa
Sacará que hoy reposa
En la antigua bodega sulpiciana.

Es no lo dudes, generoso, largo:
El sabor quita amargo
De las penas, que vanse fugitivas;
Ofrece como ciertas
Las esperanzas muertas,
Y en tropel vienen esperanzas vivas.

Si te apresuras á este rogocijo
Por venir, el cortijo
Deja y porta la grata mercancía;
Sin esa prenda de arte
No medito en bañarte
Con mi vino, aunque el áulico lo haría.

Ven sin demora; y tú que el lucro midas,
Déjalo: nunca olvides
La luz funérea que arderá en tu ocaso;
Y mezcla la cordura
Con algo de locura:
Que es dulce el delirar en algún caso.

ODA XIII.

À LICE.

Audivere, Lyce, Di mea vota, Di

Al fin, oh Lice, oyeron
Favorables los dioses mi plegaria;
Me oyeron al fin, Lice:
Eres hoy una anciana harto infelice
Y aun ser hermosa anhelas temeraria;

Y aun juegas impudente,
Y aun bebes y con voz temblosa cantas,
Por bebida, inconsciente
Á Cupido llamando, hoy negligente
Porque no de su sitio le levantas,

De las bellas mejillas
De la Quía tan hábil como fresca,
Que tañe á maravillas,
Que está de juventud en las orillas,
Que es en donaire y gracias gigantesca.

Inoportuno él pasa
Y nunca roza en vetusta encina;
Ni aun mira hacia tu casa,
Porque tu glauco diente y la no escasa
Ruga teme y la escarcha blanquecina.

No la esplendente grana,
Ni la rica variada pedrería
Que tu cuello engalana,
Te volverán á la época liviana
Que hase llevado fugitivo el día.

¿Á dónde, á dónde el fuego
Es ido? á dónde ¡ay triste! los colores?
Dónde el garbo, te ruego
Dímelo, con aquel desasosiego
Gentil y no el menor de tus primores?

¿Qué tienes hoy de aquella,
De aquella que inspiró pasión y encanto
Por seductora y bella,
Que en mí mismo dejó perenne huella
De odio y amor, de gozo y de quebranto,

Y que feliz me hiciera,
De aquella mi Cinara sin agravio
Para mí la primera,
Por su grata hermosura y verdadera,
Su noble hechizo, su purpúreo labio?

¡Ay, que de mi Cinara
Breve, muy breve fué la dulce vida!.....
Los hados con avara
Mano segaron su existencia cara,
(¡Tierna flor por el Noto desprendida!)

Mientras de vividora
Corneja gozas los eternos años.
De ti la bullidora
Turba ríe, llamando voladora
Ceniza de una antorcha á tus engaños.

ODA XIV.

Á AUGUSTO.

Quae cura Patrum, quaeve Quiritium,

¿Qué afán, de Senador ó de Quirite,
 Por más que se medite,
 Con dones más y más de honores llenos,
 Con títulos de gloria
 Ó fastos, de la historia
 En los campos tan amplios cual serenos,

Qué afán pudiera eternizar ¡oh Augusto!
 Con anhelo el más justo
 Por siglos y más siglos tus virtudes,
 En las regiones donde
 Nace el sol y se esconde
 Del globo en las remotas latitudes?

¡Oh gran monarca! del guerrero Marte
 Hasta donde en el arte
 Llegas tú, los Vindélicos ha poco
 Lo supieron: su ruina
 Por no la ley latina
 Conocer y admitir, cual prueba invoco.

Porque más de una vez valiente Druso
 Al genauno se impuso,
 (Raza insociable), y al veloce breno
 Domó con tus soldados,
 Y los muros alzados
 De los nimbosos Alpes en el seno.

Trabó luego el mayor de los Neronos,
 Terror de las naciones,
 Con los crüeles retos dura guerra;
 Y después, derrotados
 Con favorables hados
 En su terruño ardiente los encierra.

Y era de verse en el combate rudo
 Á cuánto pecho nudo
 Y resuelto infirió mortal herida,
 De los que á la cadena
 Prefieren con serena
 Impasible frialdad perder la vida.

Á la manera que furioso el Austro,
 Cuando el celeste Plaustro
 Nubes hendiendo al éter se levanta,
 Las olas alborota
 Indómito y azota
 Las riberas y mástiles quebranta,

Él así denodado y diligente
 Mostrábase é impaciente
 Por batir á las huestes altaneras,
 Y como buen vasallo
 Con bufador caballo
 Hollar del enemigo las hogueras.

Bicorne arremolínase el Aufido
Y sordo, enfurecido
El reino lame de la daunia Apulla
Cuando dañar medita,
Y al fin se precipita
Y el campo anega y árboles magulla.

Y Claudio así, ligero en pos galopa
De la ferrada tropa
De bárbaros que abate con anhelo;
Vencedor sin matanza,
Dos filas con pujanza
Postró (primera y última) en el suelo.

Tú de las tropas dístele el manejo;
Dístele tú el consejo
Y le diste tus dioses favorables;
Pues desde el claro día
En que abrió Alejandría
Rendida, á ti sus puertos deseables

Y palacio vacío, la fortuna
Que muy desde la cuna
Te sigue, al tercer lustro abrió salida
Á bélicos ardides,
Y acabadas las lides
Te dió alabanza y gloria merecida.

Á ti, tutela de la Italia noble,
Que coronado en roble
De Roma insigne acreces el decoro,
De Roma que es ahora
Del mundo la señora
Por su lustre preciada y por su oro,

Á ti admiran el cántabro indomable,
El medo inquebrantable,
Sediento el indio y el errante escita;
Y te oye el fértil Nilo
Que resbala tranquilo
Y mostrar sus orígenes evita;

Y el Danubio y el Tigris soberano,
É inmenso el océano
De monstruos productor, y que se ensaña
Y produce un rüido
Por los nautas temido
En las distantes costas de Bretaña.

Y te veneran con la Iberia fuerte
La Galia que la muerte
Nunca ha temido y los sicambros duros
Que tienen como fiesta
La matanza, y depuesta
Hoy el arma, se juzgan bien seguros.

ODA XV.

ALABANZAS DE AUGUSTO.

Phoebus volentem proelia me loqui

Un blando golpe con su lira Febo
Dióme porque me atrevo
Las guerras á narrar y las ciudades
Tomadas: que es la orilla
Dejar y en ruin barquilla
Del Tirreno explorar las soledades.

Tu siglo, oh César, abundantes frutos
 Dió á los campos hirsutos;
 Devolvió á nuestro Jove las banderas
 Por los partos llevadas
 Y que han sido arrancadas
 De sus puertas distantes y altaneras.

De Jano el templo que labró Quirino
 Libre ya de mezquino
 Duelo y temor de guerra, se ha cerrado;
 Y el nuevo orden erguido
 El freno ha contenido
 Á la licencia; el vicio se ha extirpado;

Y llamadas retornan de otras partes
 Las bellas nobles artes,
 Que el claro nombre y el vigor latino
 En tal grado acrecieron,
 Que á la Italia subieron
 Á la altura eternal de su destino;

Y la fama, el renombre y magisterio
 De este máximo Imperio,
 Su egregia majestad que tanto place
 Y puro el éter hiende
 Y rápida se extiende
 De donde el sol se pone á donde nace.

Siempre que el César los destinos rija
 No es dable nos aflija
 Guerra civil ó extraña, ni que ahuyente
 La paz, ó que la ira
 Que el arma sólo mira
 Enemigue á los pueblos y amedrente.

No el que la linfa bebe del Danubio
 Hondísimo, ni el rubio
 Barbárico habitante de la Dacia,
 No los tártaros crueles,
 Ni los persas infieles
 Ni el nacido en los campos de Tarmacia,

Las Julias leyes romperán. Nosotros
 En sacros días y otros
 No festivos, unánimes, en medio
 De las dulces bebidas
 Por Baco producidas
 Con el hijo y la esposa en nuestro predio,

Á los dioses después de haber orado
 Con el rito marcado,
 De antiguos la costumbre, nuestra pauta,
 Siguiendo, á fallecidos
 Guerreros aplaudidos
 Loaremos con verso y dulce flauta,

Con la flauta de Lidia, y á la Troya
 Belígera, á su joya
 Anquises, y á la clara descendencia
 De Venus alma diva,
 Que la pasión aviva
 Y á quien debe el romano la existencia.



libro Quinto.

LOS VERSOS EPÓDICOS.